

ANARKHOS

Colección dirigida por
Juan Manuel González Otero
e Ignacio Pablo Rico Guastavino

COLECTIVISMO
BÉLICO

MURRAY N. ROTHBARD

COLECTIVISMO BÉLICO

El Poder, las Empresas y los Intelectuales
durante la Primera Guerra Mundial



Unión Editorial

2022

Título original: *War Collectivism. Power, Business,
and the Intellectual Class in World War I.*
Copyright © 2012 by the Ludwig von Mises Institute.
Auburn, Alabama.
www.mises.org

© 2021 Para la edición española, UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Galileo, 52 • local • 28015 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-850-3

Depósito legal: M. 31.128-2021

Traducción de Luis Riesco
Imagen de la cubierta copyright
© Imperial War Museum.
Photograph by Nicholls Horace of «Munition workers
in a shell warehouse at National Shell Filling
Factory No. 6, Chilwell, Nottinghamshire in 1917.»

Compuesto e impreso por EL BUEY LIBERAL, S.L.

Printed in Spain • Impreso en España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento o sistema de recuperación, sin permiso escrito de Unión Editorial, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
CAPÍTULO 1. EL COLECTIVISMO BÉLICO DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL	23
CAPÍTULO 2. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL COMO REALIZACIÓN: EL PODER Y LOS INTELECTUALES.....	77
Introducción	77
Pietismo y Prohibición	81
Las mujeres en la guerra y en las urnas	92
Salvar a nuestros chicos del alcohol y el vicio	101
Los Colectivistas de «New Republic».....	111
La economía al servicio del estado: el empirismo de Richard T. Ely.....	124
La economía al servicio del estado: el gobierno y las estadísticas	135

PRÓLOGO

ROTHBARD Y LA GUERRA

Murray Rothbard fue el creador del movimiento libertario moderno y un amigo cercano tanto de Ron Paul como mío. Su legado fue grande, y en el Instituto Mises trato cada día de estar a la altura de sus esperanzas para con nosotros.

Un tema era el más importante para él, de todos los muchos temas que le preocupaban. Esta era la cuestión de la guerra y la paz. Debido a su apoyo a una política exterior pacífica y no intervencionista para Estados Unidos, el agente de la CIA William F. Buckley lo incluyó en la lista negra de *National Review* e intentó, afortunadamente sin éxito, silenciar su voz.

Durante la década de los cincuenta, Murray trabajó para el Fondo Volker, y en una carta a Ken Templeton en 1959, se quejó de la situación: «No se me ocurre ninguna otra revista que pueda publicar esto, aunque podría arreglarlo un poco y probar una de las publicaciones de izquierda-pacifista. La cuestión es que cada vez estoy más convencido de que la cuestión de la guerra y la paz es la clave de todo el asunto libertario, y que nunca llegaremos a ninguna parte en esta gran contrarrevolución (o revolución) intelectual a menos que podamos poner fin a esta... guerra fría, una guerra de la que creo que nuestra dura política es en gran medida responsable».

La posición de Buckley era que sería necesario erigir una «burocracia totalitaria» dentro de nuestras costas para combatir el comunismo en el extranjero. La implicación era que una vez

que la amenaza comunista cediera, este esfuerzo extraordinario, tanto nacional como extranjero, también podría disminuir.

Dado que los programas de gobierno no tienen el hábito de disminuir, sino que buscan nuevas justificaciones cuando las antiguas ya no existen, pocos de nosotros nos sorprendimos cuando el estado de guerra, y sus apologistas de derecha, tarareaban justo después de que su lógica inicial desapareciera de la historia.

Resulta que, por cierto, la amenaza soviética era extremadamente exagerada, como siempre lo es. La maldad del régimen soviético nunca estuvo en duda, pero sus capacidades e intenciones fueron constantemente distorsionadas y exageradas.

A pesar de los dudosos fundamentos en los que se basaban las históricas afirmaciones detrás de la supuesta «amenaza soviética», su existencia se osificó en una de las ortodoxias indiscutibles de la *National Review* y del movimiento conservador más amplio que estaba naciendo en ese entonces. Cuando Murray señaló la estupidez de todo el asunto, por no mencionar la naturaleza contraproducente de la intervención militar estadounidense en el extranjero, rápidamente se convirtió en una persona no autorizada en *National Review*, que lo había publicado en sus primeros años.

Mucho antes de que existiera un «movimiento conservador» oficial, con sus revistas, sus ortodoxias crujientes, sus grupos de reflexión ineficaces (con sinecuras para los ex-políticos) y su ansia de respetabilidad, había una asociación suelta y menos formal de escritores e intelectuales que se oponían a Franklin Roosevelt (tanto en su política interna como en su política exterior), un grupo que Murray denominó la «Vieja Derecha».

No había una línea partidista entre estos intrépidos pensadores porque no había nadie que la impusiera.

Incluso en la década de los cincuenta y en el avance de la Guerra Fría, todavía se podían encontrar voces de modera-

ción entre los restos de la antigua derecha. En un artículo de 1966, Murray señala al grupo de derechas For America, un grupo de acción política cuya plataforma de política exterior exigía «no alistamiento», así como el principio de «no entrar en guerras extranjeras a menos que la seguridad de Estados Unidos esté directamente amenazada».

Murray también señaló al novelista Jeffersoniano Louis Bromfield, quien escribió en 1954 que la intervención militar contra la Unión Soviética era contraproducente:

Uno de los grandes fracasos de nuestra política exterior en todo el mundo surge del hecho de que nos hemos dejado identificar en todas partes con las viejas, condenadas y podridas pequeñas naciones europeas colonialistas-imperialistas que alguna vez impusieron en gran parte del mundo el patrón de explotación y dominación económica y política... Ninguno de estos pueblos rebeldes y despiertos... confiará en nosotros o cooperará de ninguna manera mientras permanezcamos identificados con el sistema económico colonial de Europa, que representa, incluso en su patrón capitalista, los últimos vestigios del feudalismo... Dejamos a estos pueblos que están despertando sin más remedio que recurrir al consuelo ruso y comunista y a la promesa de la utopía.

Murray también tomó nota de un artículo de 1953 de George Morgenstern, redactor del *Chicago Tribune*, en *Human Events* («ahora se convirtió en un órgano de hackeo para el “Movimiento Conservador”», se lamentó Murray en 1966) que deploraba la tradición imperialista en la historia de Estados Unidos. Morgenstern ridiculizó a los que «se desmayan al ver la frase “liderazgo mundial”» y escribió:

Una propaganda omnipresente ha establecido un mito de inevitabilidad en la acción estadounidense: todas las guerras

eran necesarias, todas las guerras eran buenas. La carga de la prueba recae en quienes sostienen que Estados Unidos está en mejor situación económica, que la seguridad estadounidense ha mejorado y que las perspectivas de paz mundial han mejorado gracias a la intervención estadounidense en cuatro guerras en medio siglo. La intervención comenzó con el engaño de McKinley; termina con el engaño de Roosevelt y Truman.

Quizás tendríamos una política exterior racional... si los estadounidenses pudieran darse cuenta de que la primera necesidad es la renuncia a la mentira como instrumento de la política exterior.

Con el advenimiento de *National Review*, estas voces cada vez más aisladas serían silenciadas y marginadas. Incluso el heroico John T. Flynn, cuya biografía anti-FDR *El mito de Roosevelt* había llegado al número dos de la lista de éxitos de librería del *New York Times*, fue rechazado de *National Review* cuando intentó advertir de los peligros de una política de intervencionismo militar.

¿Por qué se opuso Murray a la guerra? He aquí algunos puntos básicos de su pensamiento:

En primer lugar, la guerra nos deforma moralmente.

Lo hace porque el propio Estado primero deforma nuestro sentido moral. Nos hemos impregnado de la idea de que el Estado puede hacer legítimamente cosas que se considerarían indescriptibles si las llevaran a cabo particulares. Si tengo una queja, aunque sea legítima, contra otra persona, nadie me excusaría si lanzara un ataque contra todo el vecindario de esa persona, y se me consideraría trastornado si desestimara cualquier muerte que causara como mero «daño colateral».

O supongamos que el ordenador de Apple, o la cadena de suministros de la oficina Staples, o el club Elks, lanzaron

una serie de ataques con misiles que mataron a mil personas. La indignación sería incesante. Los ataques se presentarían como una prueba de la incorregible maldad del sector privado.

Pero cuando el gobierno de Estados Unidos lanza guerras indefendibles contra Irak y Afganistán, extendiendo la muerte, la destrucción y la dislocación a un número extraordinario de personas, hay cierta ira, sin duda, entre los opositores de la política. Sin embargo, incluso la mayoría de los opositores a la guerra no llegan a sacar conclusiones contundentes sobre la naturaleza del Estado. Siguen siendo esclavos de lo que aprendieron en la educación cívica de la escuela secundaria, donde el estado es descrito como una institución grande y progresista. Ni siquiera los horrores de la guerra les obligan a revisar esta hipótesis paralizante. Y la próxima vez que estén en un avión, aplaudirán a los soldados que lucharon en esa misma guerra. (Por cierto, ¿aplaudirán a los soldados que han luchado en una guerra lanzada por Walmart?)

Por otro lado, si pensamos en el Estado como una institución parasitaria y egoísta que sobrevive desviando recursos de la ciudadanía productiva, y que embauca al público con una batería ya familiar de argumentos sobre por qué es indispensable para nuestro bienestar, podemos mirar la guerra de manera realista, sin todas las supersticiones y las canciones patrióticas.

Desafortunadamente, los tópicos ingenuos de la clase cívica tienen mayor aceptación en la mente estadounidense que la descripción brutalmente realista de Rothbard del estado, su naturaleza y sus motivaciones. Así que el jaleo continúa. Los presidentes que lanzan estas guerras siguen adornando las aulas estadounidenses, transmitiendo así el mensaje de que, cualesquiera que sean sus supuestos errores, se trata de hombres decentes, que ocupan una institución decente, a quienes los niños tienen el deber de respetar.

La guerra y la preparación para la guerra deforman la economía. Ahora bien, esta será una sorpresa para algunas personas, ya que prácticamente todo el mundo ha oído en un momento u otro que la guerra puede *estimular* las economías. Es cierto que la guerra puede estimular *partes* de las economías; como señaló Ludwig von Mises, estimula, al igual que una plaga, la industria funeraria.

Pero la guerra no puede estimular la economía en general. Después de todo, recuerde para qué sirve la economía: para satisfacer las necesidades de los consumidores. Durante la guerra, las necesidades del pueblo quedan relegadas a un segundo plano con respecto a las demandas de los militares. Las estadísticas del ingreso nacional pueden dar la falsa impresión de prosperidad, pero cualquier tonto entiende que incautar dinero y gastarlo en, digamos, misiles de crucero, no puede hacer rico al público. Simplemente desvía recursos del uso civil.

No es necesario que haya una guerra caliente para que el militarismo deforme una economía. Cuando la mitad o más de su talento de investigación y desarrollo se desvía hacia fines militares, eso significa que se dedica mucho menos a las necesidades civiles. Cuando el Pentágono se convierte en su principal cliente, usted pierde la ventaja competitiva a la que da lugar la disciplina de mercado. Dado que el costo no es la mayor preocupación del Pentágono, la empresa que minimiza los costos tiende a convertirse en la empresa que maximiza los costos y los subsidios.

La guerra y la propaganda bélica deforman nuestra visión de otros pueblos. La Primera Guerra Mundial puede haber sido el ejemplo clásico de esto: los alemanes eran los hunos, excepcionalmente propensos a llevar a cabo las atrocidades más abominables. Ese retrato facilitó la tarea de persuadir a los ciudadanos de los países aliados para que apoyaran, o al menos aceptaran, cuatro años de guerra contra

ellos. Y luego una larga campaña de hambre contra civiles ya empobrecidos y enfermos para obligar al gobierno a firmar un tratado injusto.

Después de la guerra, hubo una pequeña reacción contra las mentiras y los insultos que habían hecho casi imposible la comprensión internacional. De hecho, nuestro moderno programa de intercambio de estudiantes surgió de la infelicidad de los intelectuales con la dimensión propagandística de la Primera Guerra Mundial. Ellos miraban con vergüenza el fervor chovinista en el que habían quedado atrapados junto a sus compatriotas y esperaban que una mayor interacción entre los pueblos podría hacer que ese tipo de demonización fuera menos eficaz en el futuro.

Las diversas campañas de odio llevadas a cabo contra los enemigos de EE.UU. es la razón por la que es tan chocante para la mayoría de los estadounidenses ver videos hechos por viajeros y cineastas occidentales sobre la vida cotidiana en Irán. Gracias a años de demonización sistemática de Irán y los iraníes, esperan encontrar salvajes sedientos de sangre montados en camellos y planeando masacres. En su lugar, se encuentran con ciudades modernas llenas de actividad. Lo más sorprendente de todo es que se encuentran con personas a las que les gustan los estadounidenses, incluso si -como a nosotros mismos- no les importa mucho el gobierno de Estados Unidos.

En este sentido, la guerra nos anima a pensar que otros pueblos son prescindibles o simplemente inferiores a nosotros. Una fiesta de bodas se hace añicos en Afganistán, y los americanos bostezan. Pero ciertamente prestaríamos atención si el gobierno federal volara por los aires una fiesta de bodas en Providence, Rhode Island. Estaríamos casi tan conmocionados si en la persecución de un terrorista acusado el gobierno de los Estados Unidos bombardeara un edificio de apartamentos en Londres.

O: la clase dominante del país B ataca una instalación militar del país A. El país A bombardea el país B, matando a cientos de miles de civiles. Cuando los ciudadanos del País A se preguntan en voz alta años después si eso había sido algo moralmente aceptable, sus compañeros impacientes les dicen: «Eso es la guerra», rogando por lo tanto que se planteen todas las cuestiones morales importantes. Los que plantearon la cuestión en primer lugar son descartados por ingenuos y probablemente de dudosa lealtad.

La guerra corrompe la cultura. Como ha señalado el crítico literario Paul Fussell, «la cultura de la guerra mata algo precioso e indispensable en una sociedad civilizada: la libertad de expresión, la libertad de curiosidad, la libertad de conocimiento». Hace un ejemplo del oficial del Pentágono que, al explicar por qué los militares habían censurado algunas imágenes de televisión que mostraban a soldados iraquíes cortados a la mitad por el fuego de los Estados Unidos, señaló con indiferencia que «si dejamos que la gente vea ese tipo de cosas, nunca más habrá guerra».

La guerra distorsiona nuestro sentido de lo que realmente significa el servicio a los demás. Solo a los militares se nos insta a decir: «Gracias por su servicio». Hacia los grandes empresarios que alargan nuestras vidas y las hacen más satisfactorias, se nos enseña a ser envidiosos y resentidos. Ciertamente no se les agradece por su servicio.

El Estado puede salirse con la suya gracias, en parte, a su manipulación del lenguaje. Se dice que un soldado que murió en la guerra de Irak estuvo «sirviendo a su país». ¿Qué podría significar eso? La guerra fue lanzada con pretextos absurdos contra un líder que no había hecho daño a los estadounidenses y que era incapaz de hacerlo. Si la guerra estuvo al servicio de algo, fue de las ambiciones imperiales de un pequeño grupo gobernante. De ninguna manera tal misión, que desvió vastos recursos del uso civil, «sirvió al país».

La guerra distorsiona la realidad misma. A los escolares se les enseña a creer que el soldado estadounidense compró su libertad con sus sacrificios. Pegatinas blasfemas comparan al soldado americano con Jesucristo. Pero, ¿de qué manera fue amenazada la libertad estadounidense por Irak, Panamá o Somalia? Para el caso, ¿cómo podría cualquier adversario del siglo XX haber logrado una invasión de Norteamérica, dado que ni siquiera los alemanes podían cruzar el Canal de la Mancha?

Pero esta mitología cuidadosamente cultivada ayuda a mantener el negocio en marcha. Aumenta la reverencia supersticiosa que la gente tiene por los miembros pasados y presentes de las fuerzas armadas. Pone a los críticos de la guerra a la defensiva. De hecho, ¿cómo podemos criticar la guerra y la intervención cuando estas cosas nos han mantenido libres?

En resumen, la guerra es inseparable de la propaganda, la mentira, el odio, el empobrecimiento, la degradación cultural y la corrupción moral. Es el resultado más horrible de la legitimidad moral y política que se le enseña a la gente a conceder al Estado. Envuelto en los adornos del patriotismo, el hogar, las canciones y las banderas, el estado engaña a la gente para que desprecie a un líder y a un país del que hasta ese momento apenas habían oído hablar, y mucho menos tener una opinión informada, y enseña a sus sujetos a vitorear la mutilación y la muerte de otros seres humanos que nunca les han hecho ningún daño.

Dada la gravedad de la guerra, ¿qué podemos hacer para detenerla? Parte de la respuesta está en cómo pensamos sobre la guerra, y aquí hay algunos puntos vitales que debemos tener en cuenta.

(1) Nuestros gobernantes no son una ley para sí mismos.

Persigamos la misión subversiva de aplicar a nuestros gobernantes las mismas reglas morales contra el robo, el secuestro y

el asesinato que aplicamos a todos los demás, ya que nuestros guerreros creen que están exentos de las reglas morales normales. Debido a que están en guerra, llegan a suspender toda decencia, todas las normas que rigen la conducta e interacción de los seres humanos en todas las demás circunstancias. El anodino término «daño colateral», junto con palabras de arrepentimiento superficiales y sin sentido, se emplean cuando civiles inocentes, incluidos niños, son mutilados y asesinados. Un individuo privado que se comporta de esta manera sería llamado un sociópata. Dale un título elegante y un bonito traje, y se convertirá en un estadista.

(2) Humanizar a los demonizados.

Debemos alentar todos los esfuerzos para humanizar a las poblaciones de los países que se encuentran en la mira de los guerreros. El público en general es azotado a un frenesí de guerra sin saber lo primero —o escuchar solo propaganda— sobre las personas que morirán en esa guerra. Los medios de comunicación del establishment no contarán su historia, así que nos corresponde a nosotros usar todos los recursos que tenemos como individuos, especialmente en línea, para comunicar la verdad más subversiva de todas: que la gente del otro lado también son seres humanos. Esto hará un poco más difícil para los guerreros llevar a cabo su Odio de Dos Minutos, y puede tener el efecto de persuadir a los estadounidenses con simpatías humanas normales a desconfiar de la propaganda que los rodea.

(3) Si nos oponemos a la agresión, opongámonos a toda agresión.

Si creemos en la causa de la paz, no basta con poner fin a la violencia agresiva entre las naciones. No deberíamos querer lograr la paz en el extranjero para que nuestros gobernantes puedan volver sus armas contra individuos pacíficos en casa. Abandonar todas las formas de agresión contra personas pacíficas.

El pueblo y los guerreros son dos grupos distintos. Nunca debemos decir «nosotros» cuando hablamos de la política exterior del gobierno de Estados Unidos. Por un lado, a los guerreros no les importan las opiniones de la mayoría de los estadounidenses. Es tonto y vergonzoso para los estadounidenses hablar de «nosotros» cuando hablan de la política exterior de su gobierno, como si sus aportaciones fueran necesarias o deseadas por los que hacen la guerra(4) Nunca utilizar «nosotros» cuando se habla del Estado.

Pero también está mal, por no hablar de lo travieso. Cuando las personas se identifican tan estrechamente con su Estado, perciben los ataques contra la política exterior de su Estado como ataques contra ellos mismos. Entonces se hace más difícil razonar con ellos – ¡por qué, estás insultando mi política exterior!

Asimismo, el uso de «nosotros» alimenta la fiebre de la guerra. «Nosotros» tenemos que conseguirlos. La gente apoya a sus gobiernos como lo haría con un equipo de fútbol. Y puesto que sabemos que somos decentes y buenos, «ellos» solo pueden ser monstruosos y malos, y merecedores de cualquier justicia justa que «nosotros» les dispensamos.

La izquierda antibélica cae en este error con la misma frecuencia. Apelan a los estadounidenses con un catálogo de crímenes horribles que «nosotros» hemos cometido. Pero no hemos cometido esos crímenes. Los mismos sociópatas que victimizan a los estadounidenses todos los días, y sobre quienes no tenemos control real, cometieron esos crímenes.

Ron Paul ha restaurado la asociación adecuada del capitalismo con la paz y la no intervención. Los leninistas y otros izquierdistas, agobiados por una falsa comprensión de la economía y el sistema de mercado, solían afirmar que el capitalismo necesitaba guerra, que la supuesta «sobreproducción» de bienes obligaba a las sociedades de mercado a ir al

extranjero —y a menudo a la guerra— en busca de mercados externos para sus excedentes de bienes.

Esto siempre fue una tontería económica. También fue una tontería política: el libre mercado no necesita una institución parasitaria para engrasar los patines del comercio internacional, y la misma filosofía que insta a la no agresión entre seres humanos individuales obliga a la no agresión entre áreas geográficas.

Mises siempre insistió, en contra de los leninistas, que la guerra y el capitalismo no podían coexistir por mucho tiempo. «Por supuesto, a largo plazo, la guerra y la preservación de la economía de mercado son incompatibles. El capitalismo es esencialmente un esquema para naciones pacíficas... El surgimiento de la división internacional del trabajo requiere la abolición total de la guerra... La economía de mercado implica una cooperación pacífica. Se rompe cuando los ciudadanos se convierten en guerreros y, en lugar de intercambiar mercancías y servicios, luchan contra uno mismo.

«La economía de mercado», dijo Mises simplemente, «significa cooperación pacífica e intercambio pacífico de bienes y servicios. No puede persistir cuando la matanza al por mayor está a la orden del día».

Los que creen en la economía de mercado libre y sin trabas deben ser especialmente escépticos de la guerra y la acción militar. Después de todo, la guerra es el programa de gobierno definitivo. La guerra lo tiene todo: propaganda, censura, espionaje, contratos de amiguitos, impresión de dinero, gastos exorbitantes, creación de deudas, planificación central, arrogancia - todo lo que asociamos con las peores intervenciones en la economía.

«La guerra», observó Mises, «es dañina, no solo para el conquistado sino también para el conquistador. La sociedad

ha surgido de las obras de paz; la esencia de la sociedad es la construcción de la paz. La paz y no la guerra es el padre de todas las cosas. Solo la acción económica ha creado la riqueza que nos rodea; el trabajo, no la profesión de las armas, trae felicidad. La paz construye; la guerra destruye».

Ver a través de la propaganda. Dejar de empoderar y enriquecer al Estado alentando sus guerras. Deje a un lado los temas de conversación de la televisión. Miren al mundo de nuevo, sin los prejuicios del pasado, y sin favorecer la versión de las cosas de su propio gobierno.

Sé decente. Ser humano. No se deje engañar por los Joe Bidens, los John McCains, los John Boltons, Hillary Clintons y toda la pandilla de neocons. Rechazar el mayor programa de gobierno de todos ellos.

La paz construye. La guerra destruye.

Volvamos por un momento a Murray. Cuando se opuso a la guerra de Vietnam, no solo enajenó a *National Review*, la principal revista de derecha y la voz conservadora más importante del país, sino también a prácticamente todos los de la derecha. Tuvo que escribir para un pequeño número de suscriptores del boletín. A finales de la década de los sesenta, le dijo a Walter Block que probablemente solo había 25 libertarios en todo el mundo.

Las cosas son mucho más fáciles para nosotros hoy en día, gracias en gran parte al compromiso de Murray y al extraordinario ejemplo de Ron Paul. Ahora hay millones de personas que están decididamente en contra de la guerra, y a quienes no les importa a qué partido político pertenece el presidente que está lanzando una guerra en particular.

Además, es alentador saber que los jóvenes están mucho menos convencidos de la necesidad de una política exterior intervencionista. Cuanto más joven es el público, menos caen en oídos receptivos las exhortaciones de los belicistas.

COLECTIVISMO DE GUERRA

En mi opinión, este es el mayor legado de Murray Rothbard.
Depende de todos nosotros ayudar a llevarlo adelante.

Llewellyn H. Rockwell,
Conferencia del Instituto Ron Paul,
24 de agosto de 2019.

CAPÍTULO I

EL COLECTIVISMO BÉLICO DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

La Primera Guerra Mundial fue, más que ningún otro periodo, un momento crucial para las empresas estadounidenses. Fue un «colectivismo bélico», una economía planificada por entero, dirigida en gran medida por grandes empresas, bajo el mando del gobierno central, y que sirvió de modelo, de precedente, e inspiración para el capitalismo corporativista estatal del resto del siglo 20.

Esta inspiración y precedente emergió no solo en Estados Unidos, sino también en el resto de economías de los mayores combatientes en la Primera Guerra Mundial. El Colectivismo bélico le mostró a las grandes empresas del mundo occidental que era posible pasar radicalmente del anterior y amplio mercado libre, el capitalismo, a un nuevo orden de mercado basado en una fuerte intervención del gobierno, y una extensa y perniciosa planificación, con el objetivo de proporcionar una red de subsidios y privilegios monopolísticos a las empresas, especialmente a los intereses de las grandes empresas. En concreto, la economía podría ser cartelizada bajo el control del gobierno, aumentando los precios y sujetando la producción a restricciones, lo que es un clásico patrón de monopolio. Los contratos militares y otros contratos del gobierno podrían ser entregados con preferencia a determinadas empresas. Y los trabajadores, que se